

DISCURSO DE S. Emcia. Rvma. CARDENAL ALFREDO OTTAVIANI

En la inauguración de la Escuela de Ciudadanía Cristiana. (De "Cruzado Español", nº 86, 15-10-1961).

Venir de Roma, centro de la Cristiandad a España, para inaugurar en esta magnífica capital una obra de tan elevado valor social como es esta Escuela de Ciudadanía Cristiana, obra ejemplar aun para las otras naciones católicas, es lo mismo que sentir vivísimo el deseo del corazón de enviar a España, a sus ciudadanos, a sus gobernantes, un saludo de admiración, un himno de gloria por tantas y tan maravillosas obras que, a lo largo de los siglos, han hecho de España una nación tan benemérita de la civilización cristiana.

Pero hablar de España equivale a afrontar problemas vastos como el océano y a la vez secretos como lo íntimo del alma. Por otra parte, sería una pretensión audaz hablar de España a los españoles, venir a hablar de vuestra casa a vosotros, que sois sus moradores y que sois a la vez construcción y constructores, artífices y creación artística.

No debiera ser yo quien os hablara, que soy huésped de un día; yo, que me hallo entre vosotros solamente para tomar parte en una obra vuestra, siquiera sea de alegría y esperanza, de justa satisfacción y de consoladora realización; yo, que vengo, no para quedarme con vosotros, sino para, después de este encuentro de amis-

tad, emprender de nuevo el viaje hacia mi trabajo cotidiano, al lado del gran piloto que guía la nave de Pedro.

Sin embargo, en una ocasión como ésta, en que se trata de inaugurar una Escuela de Ciudadanía Cristiana, no puedo menos de tributar ya desde ahora un aplauso a la cordura y valor del Jefe del Estado español y a sus directos colaboradores, que, en un tiempo de laicismo general, han reconocido y sancionado en el Fuero de los Españoles un principio que es fundamental en una constitución cristiana de la sociedad, y del cual se derivan tan saludables realizaciones para una ciudadanía perfecta y ejemplar.

Me refiero al reconocimiento que un Estado, verdaderamente católico, debe otorgar a la religión católica de sus propios ciudadanos. Es esto justamente lo que sanciona el Fuero de los Españoles con aquellas lapidarias palabras: "La profesión y la práctica de la religión católica, que es la del Estado español, gozará de la protección oficial."

He aludido a la cordura y valor del Jefe del Estado y de sus colaboradores; estamos siempre en la misma línea del valor, con el que España arrojó de su propio suelo las hordas devastadoras del nombre cristiano y de toda dignidad y libertad humana. Diré más: el Occidente cristiano, no sólo España, se benefició de aquella gesta heroica, salvándose de la amenaza de esclavitud que venía del Oriente. ¿Cómo podemos llamar efectivamente con otro nombre que el de esclavitud aquel yugo que más allá de la cortina de hierro fuerza al hombre a abdicar de todo derecho social, familiar e individual? Al esclavo del pasado no se le obligaba a que pensase como su señor; bastaba que le sirviese. Del esclavo de hoy, en Oriente, se exige que piense como su amo, y, para este fin, llega a drogar a las personas, a desintegrar las conciencias. No hablemos del martirio que está pasando, en aquellos lugares de esclavitud, la Santa Iglesia.

Cruzada que frenó al marxismo

Fue, por tanto, la vuestra una santa Cruzada que frenó en Occidente el ímpetu arrollador del marxismo, enemigo de la Cruz de Cristo. Las palabras que Alfonso XIII pronunció ante Pío XI en la memorable audiencia del 20 de noviembre de 1923, suenan como proféticas. Dijo así: “Solemnemente os prometemos, Santo Padre... que si un día... la fe exigiera de los católicos los mayores sacrificios, no regatearían los españoles ninguna clase de sacrificios, y si en defensa de la fe perseguida, nuevo Urbano II, levantara una Cruzada contra los enemigos de nuestra Sacrosanta Religión, España y su Rey, fidelísimos a vuestros mandatos, jamás desertarían del puesto de honor que sus gloriosas tradiciones les señalan; por el triunfo y la gloria de la Cruz, que junto con ser bandera de la fe, es también bandera de la paz, de la justicia, de la civilización y del progreso.”

A propósito de este valor, he leído con sumo gusto en el opúsculo ilustrativo que me habéis enviado a Roma, acerca de la finalidad y las normas fundamentales de la Escuela de Ciudadanía que estamos inaugurando, una oportuna llamada a las palabras con que León XIII exhortaba, en la encíclica “*Sapientiae Christianae*”, a una acción intrépida a los seguidores de Cristo, dignos del nombre cristiano. “Es vergonzoso —decía— que la cobardía de los buenos fomente la audacia de los malos. Muestren todos la fortaleza propia de los cristianos, porque el cristiano ha nacido para la lucha, y cuanto más encarnizada sea ésta más segura será la victoria.”

La Escuela de Ciudadanía Cristiana

Relacionando estas palabras con lo anteriormente dicho sobre la Cruzada, cuyo XXV aniversario celebramos, asumen un significado especial de impulso para la

noble empresa de esta Escuela, que quiere preparar buenos soldados de Cristo, dignos y animosos promotores del bien religioso y civil de la Patria.

Y por lo mismo me complace también que como fundamento de la actividad de la Escuela de Ciudadanía Cristiana hayáis puesto la formación concienzuda de sus alumnos. “La Escuela de Ciudadanía Cristiana —decís— se propone formar grupos bien escogidos de hombres seglares, infundiéndoles una conciencia clara de sus deberes para con la Iglesia y para con la sociedad civil.” Quiere ser, pues, un vivero de ciudadanos ejemplares. Su divisa es: “Pro bono communi”.

Las normas fundamentales de la Escuela ponen en claro que no se trata de formar una Asociación y añaden:

“Sólo se aspira a que esos hombres vivifiquen con un espíritu común las tareas a que les lleve su personal vocación y su actividad profesional. No por ser poco patentes serán los frutos menos grandes.”

Más concretamente, la idea creadora de la Escuela es “formar una levadura de hombre de fe firme, esperanza intrépida y caridad abnegada; una levadura de hombres obedientes a las enseñanzas de la Iglesia jerárquica, promotores de la justicia social y animados de espíritu constructivo en sus tareas civiles.”

Me he detenido un poco a poner en evidencia estos propósitos de la Escuela para manifestar la más viva complacencia y dar las más sinceras felicitaciones a los que han ideado, promovido y protegido la Obra, ya que si sois fieles a estos propósitos y se actúa con firmeza y constancia es de esperar que de este centro se difunda el fermento que ha de dar a la nueva España gestos y triunfos émulos de sus antiguas glorias. Si es así, os aseguro que estamos escribiendo no una página de crónica, sino una página de historia: página de historia a la que seguirán otras cuajadas de glorias, émulas del pasado. Y es que la Iglesia pide a España nueva santidad, nuevo pensamiento, nueva acción social, nuevas conquis-

tas de la ciencia humana y de la sabiduría cristiana. Porque un pueblo que profesa tan leal y públicamente el catolicismo debe estar, para el honor del nombre cristiano, a la vanguardia de todo progreso en los caminos del bien. España, que ha sido, todavía ayer, la tierra de los mártires, debe ser mañana la tierra de los nuevos conquistadores, que en la paz y en la alegría de un catolicismo vivo y consciente, señale nuevos derroteros a las generaciones venideras. Perdonadme si este presagio para el futuro me induce a detenerme un poco a recordar algunas de las grandezas de vuestro pasado.

España, baluarte de Occidente

Ha sido un destino providencial de España el constituir, en el decurso de los siglos, el primer baluarte de la defensa cristiana del Occidente, de frente a múltiples experiencias que se sucedieron al contacto con los pueblos de las más variadas culturas y civilizaciones. Es España la que, primera y principalmente, siente y prueba los fermentos asiáticos más peligrosos: desde los musulmanes al comunismo soviético. Pues bien, España ha superado estas sucesivas avalanchas heroicamente.

Somos deudores a España de haber resistido con fortaleza heroica, no sólo en los campos de batalla, sino también con el espíritu y con las ideas, a estos movimientos de penetración anticristiana que han intentado, una y otra vez, caer sobre el cristianismo y sofocarlo.

Y ¿qué decir del influjo que España ha tenido en lo interior del Cuerpo Místico de Cristo, elevando su espíritu a las alturas de la contemplación más subida y dando a la Iglesia las escuelas de la espiritualidad más pura y acendrada?"

Después de enumerar y ensalzar los principales jalones de la Historia religiosa, cultural y política de España, el Cardenal prosiguió:

“Si me he entretenido en rememorar los méritos y glorias de vuestro pasado, lo he hecho con la expresa intención de relacionar los recuerdos del pasado con las esperanzas del porvenir, de vuestro porvenir; porque veo en esta inauguración de la Escuela de Ciudadanía Cristiana un germen vital, un principio fecundo y ejemplar de los futuros progresos que se pueden esperar y un augurio de seguros éxitos para esta institución.

Porque, hoy como ayer, existe en el mundo español un fermento que no ha dicho todavía su última palabra; y hay quien piensa que ni siquiera ha dicho la primera. España es, en los días que corremos, un inmenso fuego: fuego de lealtades y de sobresaltos, fuego de almas y de espíritus, fuego de tradiciones y de innovaciones, fuego de oración hasta el martirio y fuego de poesía, quizá la más elevada en el mundo.

De este tormento, de esta aflicción del alma española, debe resultar el bien que espera de vosotros la religión y la patria, de tal modo que las glorias del futuro no sean inferiores a las del pasado. Como sois grandes en la santidad, en el arte, en la poesía y en el martirio, así debéis serlo en la acción social, que es el problema del día, acción social basada en aquellos principios que en el orden civil encontramos descritos en las encíclicas leonianas “*Inmortale Dei*” y “*Sapientiae Christianae*”, y que en el orden económico-social están magistralmente expuestos en las encíclicas “*Rerum Novarum*” y “*Mater et Magistra*”.

He aquí la exhortación contenida en la última encíclica: “La Santa Iglesia, aunque tiene como principal misión el santificar las almas y hacerlas partícipes de los bienes del orden sobrenatural, sin embargo se preocupa con solicitud de las exigencias de la vida diaria de los hombres, no sólo en cuanto al sustento y a las condiciones de ésta, sino también en cuanto a la prosperidad y a la cultura en sus múltiples aspectos y según las diversas épocas.”

Mucho os debe la Iglesia, pero quiere, amigos españoles, deberos mucho más y mejor. La Iglesia sabe lo que son vuestros corazones. La Iglesia ha visto con qué fortaleza heroica habéis resistido a quienes querían arrancar de vuestros corazones a Cristo y de vuestras tierras la Cruz. Vuestra guerra —¡qué tristeza da tan sólo el recordarlo!—, en la que lucharon hermanos contra hermanos, vuestra guerra, repito, fue ciertamente otra gesta como las pasadas contra el enemigo de siempre. Muchos aún hoy no quieren reconoceros este mérito; pero os lo ha reconocido siempre la Iglesia. Sí, la Iglesia os está agradecida, pero quiere de vosotros más, espera de vosotros cosas mejores.

No os he de recordar que vuestras jornadas de lucha y de sangre os levantan al tremendo honor de combatientes admirables en las batallas últimas del Señor; y quizá ningún pueblo, fuera de los que gimen bajo la esclavitud marxista, cuenta tantos mártires como el vuestro.

Acción social

No os diré solamente que déis de nuevo a la Iglesia santos, obispos, teólogos y místicos, como los dísteis en el pasado; el mundo, efectivamente, necesita santos; los fieles necesitan pastores; la Iglesia, teólogos; las almas tienen necesidad de místicos. Os diré también que en tiempos como los nuestros la Iglesia tiene particular necesidad de laicos, de seglares formados seriamente, inteligentemente, en la doctrina y en la acción cristiana. Esto han querido hacer, sin duda, los promotores de la Escuela de Ciudadanía Cristiana.

Cuando se puedan ver los frutos de esta obra se verán claros los efectos de la formación cristiana del ciudadano, y la Iglesia podrá desafiar a cualquier otro sistema ideológico a que dé ciudadanos como los que son formados en los ideales del Cristianismo. Su derecho y

su moral los constituyen un conjunto de verdades que reconocen al particular y a la colectividad las exigencias de la propia dignidad y del propio destino, de tal modo que a cada uno se da lo suyo.

Aquellos que defienden como mejores los sistemas laicistas, jamás podrán dar “tales patronos y tales trabajadores, tales gobernantes y tales jueces, tales contribuyentes y tales administradores cuales los pide y exige la doctrina cristiana” (S. Agus. Ep. 138 ad Marcellinum, c. 2).

Este es el deber formativo de la Escuela de Ciudadanía Cristiana: preparar las células para constituir la levadura que hará fermentar toda la masa.

En este sentido hay que tomar el fin de esta obra que expresa el programa en aquellas palabras: “La Escuela de Ciudadanía Cristiana tiene por objeto favorecer la formación superior de jóvenes que, con criterio cristiano, sientan la vocación de contribuir eficazmente al bien común de la nación española.”

Leyendo la encíclica “Mater et Magistra” he constatado con placer que los ideadores y promotores de la Escuela han casi previsto unas exhortaciones del Sumo Pontífice Juan XXIII e incluido en su programa los conceptos presentados y recomendados por tan alta cátedra. Así se expresa Su Santidad:

“La educación cristiana debe ser integral, es decir, debe extenderse a toda clase de deberes. Por consiguiente, también debe mirar a que en los fieles brote y se robustezca la “conciencia del deber” que tienen de ejercer cristianamente las actividades de contenido económico y social.”

Me congratulo con vosotros, amigos queridos, por estos propósitos expresados en las palabras que he citado. Vosotros habéis presentado el llamamiento que Juan XXIII ha dirigido al laicado católico en la encíclica “Mater et Magistra”. Vuestras palabras parecen un maravilloso eco —digo “maravilloso”— porque aquí el eco

precede a la voz; eco de estas palabras que os leo y que están contenidas en la misma encíclica:

“Actualmente, la Iglesia se encuentra ante la gran misión de llevar un acento humano y cristiano en la civilización moderna; acento que en la misma civilización pide y casi invoca para sus progresos positivos y para su misma existencia. Como hemos insinuado, la Iglesia viene ejerciendo esta misión sobre todo por medio de sus hijos seculares, los cuales, para llevarla a cabo, deben sentirse comprometidos a desarrollar sus actividades profesionales como cumplimiento de un deber, como prestación de un servicio, en comunión interior con Dios y en Cristo y para su gloria, como indica el apóstol Pablo: «Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis: omnia in gloriam Dei facite».”

Epoca singular en el bien

Excelentísimos señores:

Este tiempo en que vivimos es singular, no sólo por el mal que reina entre los hombres, ni sólo por los éxitos de la ciencia, sino más por el bien que estamos presenciando: ¡cuántos martirios, cuántos sacrificios heroicos, qué iniciativas tan admirables! Parece que estamos en una de las más solemnes encrucijadas de la Historia, de la Historia cristiana.

Como ocurrió en la Edad Media varias veces, como en el siglo XVI: cuando parece que las cosas van peor, entonces se ponen mejor; como en el Calvario, donde la muerte de Jesús coincidió con nuestra Redención.

Ahora bien: hoy, entre tantas destrucciones y tantas muertes, está naciendo un mundo nuevo. Nunca los hombres han sido tan furiosos y a la vez han estado tan cercanos entre sí; nunca tan angustiados y a la vez tan próximos al mayor bienestar. Estamos en vísperas de

un nuevo alumbramiento y sufrimos, al decir de Jesús, como la mujer que está cercana a ser madre.

Ahora bien: esta Escuela, por la mente que la ha concebido, por su estructura arquitectónica y administrativa, por los planes y por los fines, se manifiesta ya una grandiosa realización.

El ciudadano de la Ciudad de Dios no será nunca tal si primero no es ciudadano digno de la Ciudad terrena. El nacimiento del ciudadano en lo católico, después de la tempestad del protestantismo y del diluvio de la apostasía que siguió al protestantismo, pide enlazar de nuevo con la historia nueva del mundo.

Educar al católico como ciudadano es crear la historia del mañana, y nadie como vosotros, con tanto ánimo, con tanto sacrificio, con ideas tan claras, con corazón tan ardiente, sabrá llevar a la obra este admirable programa.

El edificio que tengo ante mis ojos es un altar del cual suben las plegarias de un pueblo al Señor, a fin de que les dé buena Ciudad y buenos ciudadanos.

Es una cátedra para las generaciones venideras. Es un monumento a vuestras glorias pasadas y a vuestros corazones presentes y palpitantes. Es, en fin, un feliz presagio de una España más grande y de un mundo menos infeliz.

Y éste el deseo y el augurio de quien bendice esta obra en nombre del Santo Padre Juan XXIII.